

«vencedor y sus descendientes llevarán un epíteto tomado de las victorias obtenidas... El ejemplo dado por las clases superiores fué seguido por los demás (1).»

Por una razón análoga, las palabras *dominus* y *rex* acabaron por hacerse títulos usados para las personas ordinarias. Las naciones modernas de Europa no dejan de suministrarnos ejemplos de esta difusión. En el continente se ha observado muchas veces el uso de los nombres de categoría; en ciertos países, esta costumbre es extremada. «En el Meklemburg, dice el capitán Spencer, se ha calculado que la nobleza comprende la mitad de la población... En una venta, el ventero se llamaba monseñor el conde, y la ventera mi señora la condesa; los condesitos desempeñaban los empleos de mozos de cuadra, criados y limpia-botas, y las condesitas eran cocineras ó camareras. Se dice que en una aldea... todos los habitantes eran nobles á excepción de cuatro (2).»

La historia de Francia nos muestra tal vez con más claridad que las otras las fases seguidas por la difusión de los títulos. En los primeros tiempos, la palabra *madame* era título de una dama noble; entonces se llamaba *mademoiselle* á la esposa de un abogado ó de un médico, en el siglo XVI el uso de la palabra *madame* descendió á las mujeres casadas de la clase media, y el título de *mademoiselle* á las mujeres no casadas. Fijémonos más particularmente en los títulos masculinos de *sire*, *seigneur*, *sieur* y *monsieur*. Primeramente, *sire* era un título comun á todos los señores feudales, y una observación de Montaigne nos enseña que en 1580, aunque esta palabra estuviera aun en uso para el rey, para determinar su superioridad se aplicaba también á los hombres del pueblo, pero no á las clases intermedias. *Seigneur*, introducido al principio como título feudal, á medida que la palabra *sire* perdía su significación, por efecto de su difusión misma, indicada á su vez con esta palabra, acabó con el tiempo por contraerse tomando la forma de *sieur*. Poco á poco el uso de la palabra *sieur* se extendió también hasta las clases inferiores. Más tarde volvió á ser un signo de distinción con el uso de un antecedente expresivo, bajo la forma de *monsieur*. Esta palabra, como título dado á grandes señores, era nueva en 1321; era usada también para con los hijos de los reyes y de los duques. Después, con el tiempo, la palabra *monsieur* se hizo un título general para las clases elevadas, y la palabra *sieur* para la media. Desde este tiempo, por efecto de la

(1) Mommsen. *Histoire de Rome*. II.

(2) Cap. Spencer. *Germany and the Germans*. I, 44.

misma difusión, la palabra primitiva *sire* y la más reciente *sieur*, cayendo en desuso, fueron en todas partes reemplazadas por la palabra *monsieur*. Parece, pues, que hubo tres fases en la difusión; *sire*, *sieur* y *monsieur* generalizáronse de alto á bajo uno tras otro. Hasta hay una cuarta fase. La duplicación de la palabra *monsieur* en una carta, duplicación que al principio se usa indudablemente como una muestra de distinción, ha dejado de serlo.

En España se vé de la manera más sorprendente descender por esta difusión hasta las clases más ínfimas, los más elevados títulos; «los mismos mendigos se llaman entre sí *señor* y *caballero* (1).»

Recordaremos por mera fórmula lo que no habría necesidad de decir, esto es, que volvemos á hallar á propósito de los títulos, la misma enseñanza que á propósito de las demás instituciones ceremoniales. La costumbre de dar títulos entre los salvajes, á consecuencia de una victoria obtenida sobre el animal ó sobre el hombre, título que por su sentido literal ó metafórico distingue al individuo por la hazaña realizada, esta costumbre toma su origen en el período militar. Aun cuando los nombres más generales de padre, rey, anciano y sus derivados formados más tarde no supongan directamente nada relativo al estado militar, se relacionan con él indirectamente; son efectivamente nombres de jefes salidos del período militar, que habitualmente desempeñan funciones militares, puesto que en los primeros tiempos los jefes políticos mandaban á sus súbditos en los combates. No hay título alguno, ni aun entre los ingleses más familiares, en que no se encuentre este origen. *Esquire* y *Mister* provienen el primero del nombre del criado de un caballero, y el segundo de la palabra *magister*, que quiere decir ordinariamente *jefe*; al principio jefe militar, y más tarde, por evolución, jefe civil.

Lo mismo que para las demás instituciones ceremoniales, la comparación de las sociedades de diferentes tipos, nos hace distinguir esta relación de otra manera. Burton nos hace notar que en Dahomey, en donde pesa un régimen sanguinario y despótico, «casi no puede decirse que existan nombres propios; el nombre cambia con la categoría de aquel que lo lleva. La lista de las dignidades, dice Burton, parece ser interminable; á excepción de los esclavos y del populacho, los títulos son la regla, no la excepción, y en su mayor parte son hereditarios (2).» Lo mismo pasa en los Estados despóticos de Oriente. «En

(1) Rd. Ford. *Handbook for Travellers in Spain etc.* XVII, 52.

(2) Burton. *Mission, etc.* I, 52.

Birmania, un hombre pierde su nombre y ya no se vuelve á pronunciar, desde el momento que obtiene un título que exprese una categoría ó una función (1). En China «hay doce órdenes de nobleza que solo se confieren á los miembros de la casa ó de la familia real,» además de «los cinco antiguos órdenes de nobleza (2).» En Europa hallamos otras pruebas. Los viajeros que han recorrido la Rusia y Alemania, países cuya organizacion social está adaptada á la guerra, dan cuenta del «furor insensato por los títulos de todas clases,» hasta el extremo de que en Rusia, «un comisario de policía pertenece al décimo octavo grado, y tiene derecho al título de *Vuestro Honor* (3).» En Alemania los nombres de categoría y de función están profusamente generalizados; se desea recibirlos y se tiene gran cuidado en darlos al hablar y al escribir. Por el contrario, en Inglaterra, donde desde largo tiempo tiende á borrarse el tipo militante, esta costumbre ha sido cada vez ménos marcada; á medida que el régimen industrial se desarrolla y que la organizacion social sufre los consiguientes cambios, disminuye visiblemente el uso de los títulos en las relaciones del mundo.

Todas las sociedades nos muestran con la misma claridad la verdad de esta relacion. Los trece grados del ejército y los catorce de la armada en Inglaterra, prueban que el carácter más saliente de un aparato social exclusivamente militar, es el número y la especificacion de los títulos. En las clases que retienen el gobierno, formadas de descendientes ó representantes de los hombres que antiguamente mandaban las fuerzas militares, se conservan aun las altas distinciones de clase; los elevados títulos eclesiásticos y judiciales, corresponden también á la organizacion gubernamental creada por el régimen militar. Por el contrario, las partes sociales ocupadas en la produccion y en el cambio que realizan la obra industrial, no llevan casi, fuera de ciertos casos excepcionales, uno de aquellos títulos que á fuerza de descender y generalizarse, han perdido casi enteramente su significacion.

Es, pues, incontestable, que los títulos empleados primeramente para recordar las victorias de los salvajes sobre sus enemigos, se extendieron, multiplicaron y diferenciaron á medida que las conquistas crearon grandes sociedades por consolidacion y reconsolidacion de las pequeñas; y por último, que propias del tipo social creado por la guerra habitual, tienden á caer en desuso y á per-

(1) Col. Yule. *Narrative of Mission to Asia*. London, 1858, 194.

(2) S. Wells Williams. *The Middle Kingdom etc.* I, 317.

(3) G. Aug. Sala. *Journey Due North, or Residence in Russia in 1856*. London, 1858, 252.

der su valor á medida que el tipo militante cede su puesto al social, propio para los trabajos de la paz.

INSIGNIAS Y TRAJES

Nuestro estudio de interpretacion nos lleva de nuevo á las victorias obtenidas por el hombre sobre sus semejantes ó sobre los animales. Las insignias provienen de los trofeos con los cuales, en los primeros tiempos, se confundian. Vimos que los Shoshones permiten llevar á sus guerreros las patas y las garras de un oso gris, «insignia suprema de gloria» para el matador del animal; este es el trofeo considerado como señal de honor. Tras eso, no puede dudarse que los cuernos de bisonte que adornan la cabeza de un jefe mandano, en señal de dignidad, hayan sido llevados en un principio como trofeo conquistado en la caza, en la cual se gloriaba en sobresalir. Esto hace suponer que una insignia toma origen de un trofeo y puede explicar los ornamentos de la cabeza de ciertos personajes divinos y humanos, en los pueblos de la antigüedad.

La insignia-trofeo que lleva un guerrero que ha conquistado el poder con su superioridad, no es más, al principio, que una distincion personal, producto natural de la bravura del individuo; por ejemplo, la piel de leon de Hércules dará origen á una insignia de familia si los descendientes de este guerrero la conservan. Es, pues, natural que en el puebló de Ukimi «se prepare la piel (de un leon) para el traje del sultan, pues nadie más osaria vestirse con ella (1);» que «una capa hecha con la piel de un leopardo, sea en los Zulús una insignia que denota la categoría;» y en fin, que en Uganda lleven ciertos criados del rey «pieles de leopardo rolladas á su cintura, para demostrar que pertenecen á la sangre real (2).»

Dicho se está que si la piel ú otras partes de las bestias muertas en la caza se convierten en insignias, también se harán tales las partes de los hombres muertos en la guerra. «Los Chichemecas limpian las cabezas de sus enemigos vencidos y colocan su piel sobre su cabeza propia, con toda la cabellera, lleván-

(1) J. A. Grant. *A Walk across Africa*, 92.

(2) Speke. *Journal etc.* 290.